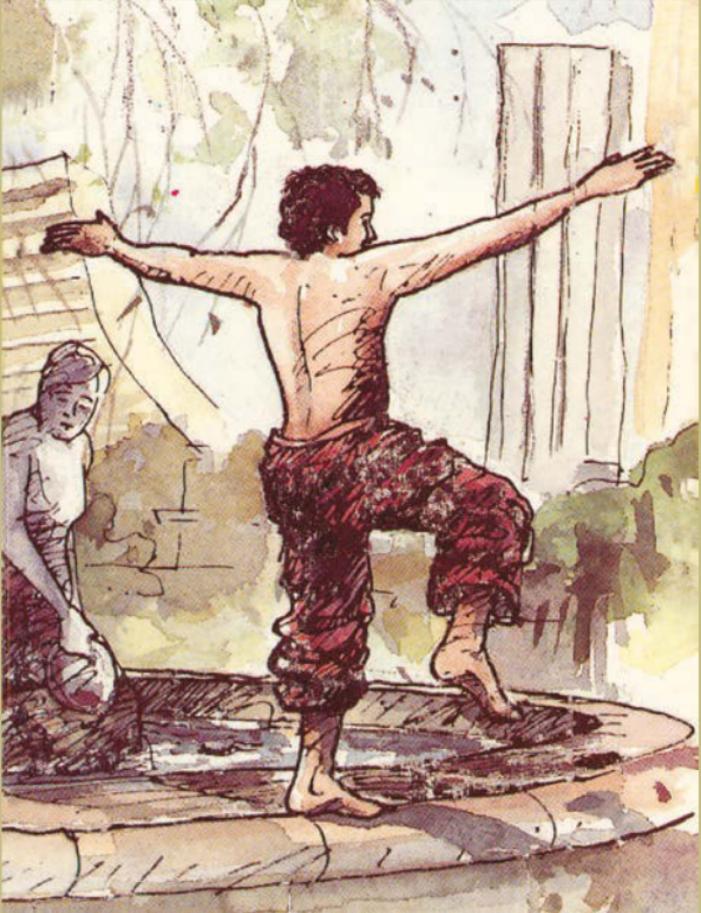




Ilustraciones de Daniel García

Aventuras de un niño de la calle

Julia Mercedes Castilla



Norma

Aventuras de un niño de la calle

Aventuras de un niño de la calle

Julia Mercedes Castilla

Ilustraciones de Daniel García

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile

D. R. © Julia Mercedes Castilla, 1990
D. R. © Grupo Editorial Norma S.A, 1990,

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Alcaldía de Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*

Primera edición: enero, 1990
Primera reimpresión: agosto 2020

Diseño de la colección, Maria Osorio y Fernando Duque
Diagramación y armada, Andrea Rincón

ISBN: 978-958-04-0945-8

Contenido

Capítulo I	7
Capítulo II	21
Capítulo III	35
Capítulo IV	47
Capítulo V	59
Capítulo VI	71
Capítulo VII	81
Capítulo VIII	93
Capítulo IX	107
Capítulo X	117
Capítulo XI	127
Capítulo XII	139
Capítulo XIII	151
Capítulo XIV	161



Capítulo I

—¿Cómo le fue, manito? ¿Consiguió algo bueno? —le preguntó Joaquín a su amigo Armando cuando se encontraron en el Parque Nacional de Bogotá—. Como que a veces nos va mejor cuando agarra cada uno por su lado.

—No conseguí gran cosa, manito, y eso que me valí de toditas las marrullerías que pude con las viejas que van a matiné al Palermo; después de tanta bregadera, mano, sólo me dieron cuarenta pesos —contestó Armando, y sacó dos monedas de a veinte y se las pasó por la cara a Joaquín antes de volver a meterlas en el bolsillo—. Comida sí conseguí; en casi todas las casas donde fui me dieron algo. Esta camisa me la dio una viejita lo más buena.

Armando le contaba a su compañero los hallazgos del día mientras sacaba una camisa escocesa raída y manchada que tenía guardada debajo del saco, que estaba todavía más raído que la camisa que le mostraba a Joaquín.

8

Los dos gamines se sentaron debajo de un frondoso árbol a mostrarse mutuamente los frutos de su día de “trabajo”. Joaquín vestía un saco roto y viejo, cuya talla era por lo menos el doble de la suya; su rostro sucio adquiría un aire placentero mientras sacaba de los bolsillos los tesoros que poseía: un billete de doscientos pesos y varias monedas, dos lápices usados al máximo, un pedazo de pan francés, varias bolitas de cristal de vívidos colores y su más preciada posesión: una navaja oxidada, que también tenía abrelatas y lima para las uñas. Joaquín depositó todas sus pertenencias en el césped. Después de varios minutos dedicados a contemplarlas, las volvió a meter en los bolsillos de su chaqueta, y dejó afuera el pedazo de pan, que se comió con gran avidez, y las canicas de cristal, que dejó para jugar un rato con su amigo.

El Sol empezaba a ocultarse llevándose consigo los rayos que calentaban a los dos gamines y la brillante luz que una hora antes iluminaba las flores y los árboles con su esplendor. El parque era grande, y para los gamines era el paraíso, con la Ciudad de Hierro que les ofrecía la oportunidad de montar en los carros

locos o en la rueda de Chicago, que parecía perderse en las alturas, y en otros aparatos que les producían emocionantes momentos. Los muchachos se las arreglaban para mendigar suficientes tiquetes para montar en todo lo que ellos querían. También había campos de fútbol y de tenis, columpios, balancines y bosques que se perdían en las montañas y que ellos exploraban con interés. El césped suave y mullido les servía de cama la mayoría de las noches. El parque era su hogar, en donde jugaban, dormían y se encontraban buscando la compañía de unos con otros.

—¿Qué tal una caminadita antes de la comida? —preguntó Armando con cara de seriedad.

Llenos de vida, atravesaron el parque hacia la Carrera Séptima. Los muchachos no querían perder la oportunidad de pedir algo de dinero por la congestionada vía.

—Dotor, un centavito por favor, no hemos pasado bocado en muchos días —Joaquín le recitaba su historia a un señor que se apresuraba hacia su automóvil—. Dotorcito, aquí mi mano está enfermo.

“Hágase el enfermo”, le susurró al oído a Armando; éste aflojó el cuerpo y quedó como si estuviera colgando de una pared; llegó incluso a palidecer debajo de la mugre que le cubría la cara. El señor sacó varias monedas de su gabardina y las repartió entre los dos gaminés.





—Buen trabajo, Joaquín; si hacemos otros dos o tres de éstos, podremos comprar unos cigarrillos y una gaseosa pa después de la comida.

—Usté no lo hace mal, compañero; nos estamos volviendo profesionales —afirmó Joaquín, orgulloso de su habilidad.

12

Los muchachos se fueron, unas veces caminando despacio, otras saltando, otras corriendo y otras jugando. Se encontraron con otros gamines en el camino y pararon un rato a jugar a las canicas con ellos.

Ciento treinta pesos recogieron entre uno y otro cuento.

Cuando llegaron a su destino, estaban hambrientos y cansados.

—Yo creo que esa casa, allá al otro lado de la calle, se ve muy bien; deben tener buena comidita —dijo Armando preparando los jugos de su estómago para un festín.

Una sirvienta muy posesionada de su papel, muy pulcramente vestida y con un delantal azul claro, salió a abrirles la puerta.

Antes de que la mujer pudiera decir una palabra, Joaquín saltó enfrente de ella.

—Mire, sumercé, no hemos comido en dos días. ¿Sería tan amable de regalarnos un bocadito? Mi mano está enfermo, le duele la barriga —dijo Joaquín, y repitió su historia con gran convencimiento.

Armando no emitió sonido alguno; se cogió el estómago con ambas manos y se quedó

mirando el suelo mientras esperaba ansiosamente el resultado de su trabajo.

—¡Chinos pordioseros, ladrones, paranas, todo lo que hacen es pedir y robar! Trabajen en algo decente; ¡lárquense! —les gritó la sirvienta con furia, y les tiró la puerta en la cara.

—Bruja fea y... —le gritó Joaquín con rabia mientras se alejaban de la casa—. Espero que no tengamos que desperdiciar nuestras actuaciones así como así. ¿Qué se cree la vieja ésa? Vámonos pa la casa de la esquina, allá en la otra calle —dijo Joaquín, y señaló la casa, no queriendo darse por vencido.

La hermosa residencia mostraba clase y elegancia. El jardín estaba cuidadosamente diseñado; arbustos y flores de todos los colores le daban un aire encantador. Los hambrientos gamines se encontraron frente a un pesado portón.

—Diosito, deja que esta vez sí funcione —murmuró Joaquín con las palmas de las manos juntas, y mirando hacia el cielo.

Una preciosa niña les abrió el portón.

—¿Qué quieren? —les preguntó la pequeña observándolos detalladamente. Parecía que le impresionaba la ropa sucia y andrajosa que llevaban.

Los muchachos repitieron la historia y la actuación, más lentamente, para que la chiquilla, que no tendría más de siete años, entendiera lo que ellos querían. La niña los miraba con lástima.

—¿Por qué no van a su casa? Sus padres les darán de comer —les dijo la pequeña, sin comprender por qué los muchachos pedían comida.

—Nosotros no tenemos padres —contestó Joaquín con cara de tristeza.

14

—¿Quién es, Eugenia? Ya sabes que no debes abrir la puerta; se te ha dicho mil veces —gritó una voz desde el segundo piso.

—Son dos niños que tienen hambre. ¿Les podemos dar algo de comer, mamá? —preguntó la niña mientras los dos muchachos esperaban con ansiedad la respuesta de la madre de Eugenia.

Los ojos de Joaquín y de Armando se deleitaban admirando lo que alcanzaban a ver desde la puerta: un espejo con un lindísimo marco tallado de color dorado colgaba de la pared, a la derecha de la puerta. Joaquín se estiró lo suficiente para alcanzar a ver los elegantes muebles de sala.

—Cierra la puerta, Eugenia, y diles que esperen —le ordenó la madre a la niña, mientras bajaba la escalera.

—Lo siento, pero tengo que cerrar la puerta. Esperen un momentico —les dijo la niña de los crespos melados y los ojos sonrientes, y cerró el portón suavemente.

Unos minutos más tarde, una joven y alegre muchacha de delantal muy blanco y almidonado les dio un talego de papel con varias cosas adentro, y desapareció detrás del portón.

Joaquín agarró la bolsa, y, jalando a Armando de un brazo, emprendió veloz carrera.

—¿Por qué estamos corriendo?

—Vi un lote allá adelante, donde nos vamos a comer lo que haiga aquí adentro; tengo tanta hambre que me parece que nunca fuéramos a llegar. Quiero enterrar los dientes en un pedazo de papa, de pan o de lo que sea.

Se sentaron en el pasto y se acomodaron lo mejor que pudieron. De la bolsa sacaron cuatro papas con mantequilla, rociadas de cilantro, un pedazo grande de hueso de sopa y tres zanahorias.

—¡Mire, aquí hay galletas envueltas en papel celofán —exclamó Armando sacando el paquete de galletas del fondo del talego.

—La niña nos dio de sus galletas, buena muchachita —afirmó Joaquín mientras jalaba la carne que tenazmente se prendía al hueso, y casi a la vez que engullía media papa.

Armando tenía hambre, pero no tanta como su compañero, que poca suerte había tenido ese día con la comida.

—Está buena, ¿cierto?

Joaquín se volvió; tres gamines más grandes y fuertes que ellos los observaban con desdén. Habían estado tan embebidos en lo que comían que no se habían dado cuenta de la presencia de los intrusos.

—¿Cuántos años tienen ustedes? —le preguntó a Joaquín el más grande de los tres, que parecía ser el cabecilla. Éste tendría unos

catorce años y era bizco, lo que hacía que se viera más cruel que los otros.

—Yo voy entrando en los once y mi amigo va pa los diez —contestó Joaquín, esperando lo peor de los tres pillos. Era parte de la vida que tenían que vivir y con la que se encontraban a diario. Joaquín pensó que tenía que actuar rápidamente; no tenían ninguna posibilidad de ganar si peleaban contra los recién llegados.

—Deme eso que se está comiendo —le ordenó el gamín bizco a Armando, y éste escondió automáticamente el talego debajo de la chaqueta.

—Es nuestra comida, y nos costó mucho trabajo conseguirla —le respondió Armando.

—¿Verdad? Nosotros no vamos a tener el mismo trabajo. Preste pa acá todito y sin chistar.

—Désela, Armando —le ordenó Joaquín a su compañero, sabiendo que no había nada que hacer para evitar que les robaran los alimentos que con tanto gusto saboreaban.

Armando, con lágrimas en los ojos, les dio la bolsa de papel con lo que quedaba de su cena.

—Un momento —exclamó otro de los gaminés, en el instante en que Armando y Joaquín se disponían a echar a correr—. ¿Se creen que con las porquerías que están en este talego nos vamos a contentar?

—Pues claro que no; seguro que en los bolsillos tienen algo que nos pueda interesar, o por aquí escondido entre la ropa —dijo el tercer gamín, caminando detrás de Joaquín y Armando.

Estaban acorralados.

—No; seguro que no tenemos nada; estos días han estado más que malos —exclamó Joaquín, tratando de demorar lo inevitable.

—Ya veremos —dijo el cabecilla acercándose a Joaquín y a Armando para despojarlos de todas sus pertenencias.

—Corra, manito —le dijo Joaquín a su amiguito; y haciendo él lo mismo, se abrió paso como pudo y arrancó a correr con velocidad inesperada.

(“Pingo Pingo, vamos, lízcase con un milagrito”).

(“No se acuerda de mí sino cuando está en problemas, ¡ah!”)

(“No tengo tiempo de discutir. ¡Apúrese!”)

Corría tan velozmente como sus cortas piernas se lo permitían, y sentía que el gamín bizzo lo alcanzaba.

A los pocos segundos sintió que lo agarraron de la chaqueta. En su afán de no dejar escapar al muchacho, el jefe de la pandilla se tropezó y cayó aparatosamente, dándole la oportunidad a Joaquín de escapar.

(“Gracias, le debo una; no se le olvide apuntar”.)

(“Me debe veinticinco”.)

Joaquín corrió tres o cuatro cuadras sin volver a mirar para atrás. Iba pensando en Pingo Pingo; hacía semanas que no lo llamaba. Se escondió detrás de una pared de ladrillo a esperar a su amigo. Pasó un largo rato sin que éste diera señales de aparecer. Estaba oscuro, y temía que algo le hubiera sucedido a su compañero. Después de pensarlo mucho, decidió ir a buscarlo. Joaquín caminaba despacio, mirando a lado y lado. La calle estaba oscura, y el lote de donde habían escapado era un espacio negro en la noche. Oyó un sonido y se paró a escuchar; le pareció oír sollozos.

—¡Armando! —llamó varias veces el muchacho en voz alta, después de remojar la garganta y llenarse de valor.

—¡Aquí! —gritó Armando desde alguna parte.

—¿Cómo está, manito? —gritó Joaquín acercándose a la voz.

—¡Ay, no sé! Se llevaron todito lo que tenía y me dieron por todo el espinazo. Lo estaba esperando; ¿dónde andaba? —preguntó Armando, sollozando y limpiándose la nariz con la manga de su chaqueta.

—Oiga mano, ¿puede caminar?

—Creo que sí.

—A unas tres cuadras de aquí hay una

construcción, donde estuve escondido detrás de una pared. Me di cuenta de que hay una parte con techo; podemos pasar la noche allá. No estamos pa tirarnos y dormir al descubierto; párese y agárrese de mi brazo. Pingo Pingo nos tiene todo listo.

—Ay, mano, yo no creo que su amigo invisible nos ayude esta vez.

—Claro que sí. Por eso es que él no habla con usted —afirmó Joaquín.

Sin mucho tropiezo, llegaron a la construcción.

Armando tenía un ojo negro y moretones por todo el cuerpo, pero lo que más le dolía era la pérdida de todas sus posesiones.

Joaquín recogió varias hojas de periódico que encontró desparramadas por el suelo y las usó para hacer la cama, en la cual cayeron profundamente dormidos.

